

## ELOGIO DEL POETA, DE LA CIUDAD Y SUS GENTES

Por J. A. DE ARMAS CHITTY

Hablar del poeta José Antonio Hurtado Ascanio; de Altagracia de Orituco y sus gentes, es desandar, en una hora de nobles recuerdos, el río de la historia. Es ensamblar de nuevo la trayectoria de una ciudad que se quedó en el piedemonte caribe y que ha sido la más asediada de voces indígenas. Citarlas, es como oír la más pura sinfonía que viene desde el fondo de nuestra raíz de pueblo. Además, son nombres de llanos, de montañas, de ríos, de selvas y de hombres: Guatopo, Memo, Guanapito, Quere, Tocoragua, Chapayguana, Ipare, Tememure. Aquí agobia la geografía y la historia está llena de hechos que sorprenden por su fondo moral y ahora es la leyenda la que viene a bordar su lienzo heroico. Por allí aparece un capitán, José Silva —tal vez Garci González de Silva— quien según la tradición, cuando se halla ante el Valle del Orituco, dijo encontrarse ante el Dorado. La respuesta del cacique Chapayguana al comisionado regio asoma varias reflexiones, y la disposición del rey, nominando el villorrio Altagracia y con privilegios, es el mejor señalamiento.

Quiero dejar testimonio en estas páginas donde el sentimiento se impone a la lógica, de la Altagracia que conociera por abril, hace alrededor de medio siglo. Un tardío invierno mantenía aún por verano las bombas, y el vehículo trepidaba en los aguazales de Marasma. Cuando llegamos a la ciudad llevaba en los ojos, con tintineo de sol, lo que viera en el hato Piloncito. Allí estaba, colgada de la pared, enmoheciéndose de olvido, la Estrella de los Libertadores que Simón Bolívar prendiera sobre el pecho del general Hipólito Rondón, héroe de Carabobo y Las Queseras. El signo vital de este ilustre combatiente a quien hieren allí mismo en la boca del Guayas, fue sin duda, netamente del Guárico: nace en Taguay y fallece en Lezama.

Altagracia de Orituco vivía horas de égloga. Los bosques se anudaban sobre las calles, hacia los barrios y probaban, con su apretada eclosión de verdes, cómo no era falso el hechizo de la ciudad, cómo el que se instalara bajo su cielo y respirase aquellos aromas y mirase el agua del río y se asomase a los ojos de aquellas mujeres, quedaba cautivo. Ciertos hechos, cuando se les analiza, tienen una explicación lógica. Hoy se comprende por qué la dura interjección del castellano o del extremeño se suaviza ante las voces de las indias güigüires. Del encuentro nace el entendimiento y si en otros lugares la encomienda fue una explotación

autorizada, en el Valle del Orituco hubo armonía. El cacao, la caña y luego el café y en menor sentido la res, acercan las gentes. Se hace necesario estudiar las formas de comprensión que hicieron incruenta la penetración hispana en la región.

Los hombres que allí vivían cada uno tenía su perfil. El médico Benito Gutiérrez López, un caraqueño a quien amarra al lugar el amor de Delia Carchidio, alumno de Ernst y de Villavicencio, un positivista, era una especie de patriarca y su mirada se tendía alerta sobre los naranjales que hacían horizontes en La Carmenatera. Aquella hacienda era su obra, o una de sus obras, y aquel goce de mirarla y de obsequiar los frutos cómo encendía su orgullo, pues a nadie vendió una naranja. Gutiérrez López no se entendía con el párroco, a excepción de Monseñor Sixto Sosa cuando fue párroco de la ciudad, y para justificar su radicalismo, decía que el Padre Sosa era distinto. Y en verdad que lo fue: en unión del Dr. Pedro María Arévalo Cedeño, del Dr. Estanislao Landaeta, de Manuel María Machado y de Tomás Pérez Pulido, el Padre Sosa puso en marcha el Hospital San Antonio, la Gota de Leche, el Asilo de Huérfanos y el Primer Colegio Guárico que legaliza el Presidente David Gimón en la segunda década del presente siglo. Es de observar que dos pueblos del Guárico tuvieron una virtud: de Altagracia sale el Padre Sosa a ser Obispo de Guayana, como de Zaraza fue el Padre Arturo Celestino Alvarez a la mitra del Zulia.

Gutiérrez López se sentía Altagracia, pero la Altagracia aislada. Cuando alguien hablaba de la carretera que la uniría con Caracas, Don Benito enmudecía. El era el médico de todos, pagaba el que podía; el compadre de todos: por eso quería la ciudad para él solo. Las calles de Altagracia, sus árboles, eran suyos. Una vez maltrataron a un cují paralítico y Don Benito reclamó el atropello. Había prohibido que por su calle pasasen las gentes de Barlovento el día de San Juan dando al aire sus ritmos negros. Con idea de servicio público, en la década del 30, creó un acueducto en unión de Gustavo Ascanio y Alfonso de Gregorio, acueducto que adquiere el Estado cuando gobierna Ricardo Montilla, después del golpe de estado de 1945. Gutiérrez López llevó a Altagracia el primer microscopio que puso a la orden de los estudiantes de la Escuela Angel Moreno y del Colegio Guárico, donde fue profesor de botánica. No he olvidado las colecciones de mariposas que Don Benito mantenía en su casa, hoy con técnicas modernas al cuidado de su hijo Benito Gutiérrez Carchidio. Eran de Tinapuí, de Guatopo, del Guásimo, de Quere, de Macaira y simulaban retazos de cielo y de campo cautivos de los alfileres; lienzos de pedrerías que alegraban el ambiente grave de los antiguos retratos, de los óleos ya en fuga, de las cortinas empolvadas donde lloraban lágrimas de San Pedro, de los muebles con más de un siglo en sus molduras.

Del otro lado de la ciudad, hacia el sur, en su casa Miralejos, desde donde se dominaba la curva agresiva del Orituco, Don Natalio Arévalo Cedeño comentaba en su biblioteca los sucesos del día. Esta fue de un antiguo familiar suyo, Don Adolfo Machado, el único historiador de la región, edil, viajero. Hacia 1880, por influencia de Arístides Rojas, Don Adolfo recoge figuras indígenas en los bosques del Tamanaco y en las quiebras de Turmerino. Machado sufre también la influencia de Manuel Landaeta Rosales, brillante hombre de archivos, quien le

orienta en la consulta de documentos, y oye igualmente a un francés, Montmorency, legitimista, que era botánico, cazaba mariposas y andaba a pie. Don Adolfo dejó un libro, *Apuntaciones para la historia*, valiosa obra de historia local escrita entre 1875 y 1899, la cual publica en Madrid, en 1962, en noble gesto, su bisnieto el Dr. Pedro Rafael Machado.

Don Natalio era terrible en las respuestas: sus juicios, cortos y profundos, parecían cuchilladas. Fue amigo del Presidente Rojas Paúl y en la hora de Andueza Palacios cometió el pecado de andar en aquella revuelta del 92 que aún se asemeja a una guerra sin generales. Alrededor del 900 obtuvo lauros literarios en Caracas y en 1940 publicó una pequeña biografía de Juan Vicente González, una loa decimonónica. Don Natalio leía a Anatole France, a Hugo, a Renán, a los más finos franceses. Era la época en que Francia influía en todo. No se duda que Don Natalio tomó su tremenda ironía de Anatole France. Es sensible que no hubiese dejado la obra escrita a que le obligaban sus conocimientos. Observándole el rostro anguloso y la agilidad con que disectaba cualquier tema, pensé hallarme ante un indio que sabía expresarse y luego reírse de su interlocutor desde el fondo de unos ojos menudos de idolillo caribe.

Ahora bien: entre Don Benito y Don Natalio había una guerra sorda que alimentaba la vida sedentaria del pueblo. Desde lejos se disparaban frases como bombardas, mas era un duelo que ocurría sólo entre ellos.

En 1936 había muerto otro Arévalo Cedeño, el médico, el filántropo, el humanista, el pedagogo, Simón Rodríguez sin extravagancias, el que dio impulso al Colegio Federal dejando una honda lección moral flotando en la mente de cada estudiante. Este Arévalo Cedeño, en 1889, colaboró en la algarada popular que echó por tierra y llevó hasta el Guaire las gigantescas estatuas de Guzmán Blanco y de su padre Antonio Leocadio, el Saludante y el Manganzón, como las bautizó el pueblo. Este Arévalo Cedeño tuvo cátedra en el Colegio Santa María del ilustre Agustín Avelado, y en 1932 hizo colocar en el salón principal del Colegio Guárico, en Altagracia, un óleo que representaba el sacrificio de Juan Hus, el gran rebelde checo del siglo xv. Lo hizo con intención política y tal vez con intención religiosa y decía que Hus era símbolo de libertad y no se olvide que sus palabras eran dichas bajo la dictadura y en un colegio. Arévalo Cedeño manifestaba que Hus, agonizante en la hoguera a que le llevó el Concilio de Constanza, había dicho: "Vendrá un cisne con lengua de plata al que no podrán quemar". Estos Arévalo Cedeño rompieron el marco localista: Natalio, un erudito; Pedro María, un humanista, y Emilio, fue el héroe que enseñó arrojo y nobleza al combatir por veinte años, con un fusil en la mano, en muchas regiones del país, contra la dictadura del general Juan Vicente Gómez. Cuando fue Gobierno en el Guárico, su lección de honestidad descuella en la Venezuela de siempre, más en la corrompida de hoy, y su probada obra de progreso es obligante para todo aquel que dirija los destinos del Guárico. Los Arévalo Cedeño descienden en línea directa del general Manuel Cedeño, el hombre que se inmoló en Carabobo combatiendo contra el Valencey.

Figuras de importancia en aquella Altagracia del 40 las hubo de todo tipo: indiferentes, creyentes, liberales, conservadores, extremistas. Casi todas ellas han

desaparecido. Recordemos a José Calixto Morín, quien con su música y con la ayuda de su mujer Doña Domitila Infante, ella con granjerías, graduaron a distinguidos profesionales en farmacia, pedagogía y derecho. Cuando celebramos en Caracas los 90 años de Doña Domitila, 90 luceros iluminaban mejor a varios hogares venezolanos. Morín era católico cerrado y no admitía que le discutiesen los dogmas de su religión. Y qué paz interior la suya y cuánta precisión y honradez en el juicio.

Miguel Rosa, ganadero, porfiadamente generoso, descendiente de libaneses que no vinieron a Venezuela sino a dar. Hoy, casi inválido, al frente de sus hatos, da aún una fresca lección de energía. Y Manuel Chollet y Jesús María Espejo, los boticarios, y Eusebio Gésime, otro del Medio Oriente que olvidó su idioma nativo y no llegó a aprender el castellano. Y José Angel Adames, maestro de escuela que repetía letra por letra la *Historia* de Tejera, y Eduardo Rísquez, profesor, un hombre que parecía digerir primero las palabras antes que pronunciarlas, y Estanislao Toro, carpintero, Presidente del Concejo, un hombre que sin medios económicos graduó también valiosos profesionales. Toro se sentaba en su silla capitular con la misma majestad conque el Papa se sienta en su silla gestatoria. Y Emilio Filardi, italiano, presente en toda obra que mejorase al pueblo. Y Pedro Fortunio Arévalo Machado, que tenía profusa información histórica sobre el Guárico y que también se fue con su talento sin escribir todo lo que sabía. Y todas aquellas familias educadas a la antigua, con cordialidad y señorío, como las Carvallo, las Ascanio, Camero, Osío, parientes de Rómulo Gallegos, gran novelista, y de Pedro del Corral, hombre de ciencia; las Machado, Carchidio, Infante, Orozco, González Alba, Armas Graffe, Gutiérrez, Alvarez, Salazar, Hernández Matute, García, Acosta y pido perdón por las que haya olvidado. Y otras figuras como Don Chucho Rachadell, agudo poeta y filósofo, y Víctor Campbell, soñador, y Miguel Carvallo, que estaba de vacaciones todos los años de enero a diciembre y conocía las virtudes y pecados de toda la gente.

En 1923 se radica en Altagracia el alto poeta zaraceño Rodolfo Moleiro. Allí casa con Amanda Pérez Wichmann, una distinguida rubia. Más de una vez el poeta Jorge Schmidke deshojó rosas parnasianas ante la novia de su gran amigo Moleiro. Llegaba éste al Orituco con el aura revolucionaria de sus gestos ante la dictadura, como cuando actúa en unión de Gonzalo Carnevali y Egea López frente a la Embajada de Bélgica en Caracas, al terminarse la Primera Guerra Mundial, en cerrada y valiente protesta, abominando los estados de fuerza o como cuando interviene en la huelga tranviaria, movimientos que aplasta la policía gomecista. También flota en el ambiente de aquella Venezuela el acento varonil de sus *Campos Solares* publicados alrededor del 20: con ritmo de Guerra Junqueiro dijo el poeta:

*Campos de mi patria, tristes y desiertos,  
bajo la implacable mudex de la luz,  
os voy recorriendo con pasos inciertos  
porque tengo pena de pisar los muertos,  
los muertos sin tumba, sin nombre y sin cruz.*

Moleiro crea en la capital del Orituco, en su bufete, un salón de lectura donde comentaban los clásicos griegos, latinos y españoles. Allí dialogaron Moleiro, Hurtado Ascanio, del Corral, Natalio Arévalo Cedeño, Rísquez, Arévalo Machado. Aquello fue un acontecimiento en la honda paz con nieblas de la ciudad.

Otro acontecimiento constituyó para Altagracia la llegada del Dr. Pedro del Corral, quien instala la primera clínica y fomenta el intercambio de relaciones con la creación del Club Concordia, donde el único con ideas de concordia era del Corral. Gran señor del entendimiento entre grupos, este ilustre médico y científico, por contraste, saldrá de Altagracia milagrosamente con vida. En esta ciudad, como a través de toda su existencia, fue filántropo. Después irá a Alemania en viaje de estudio y será el primero que aplique la atebriña en Venezuela. Desde 1946 ha sido Presidente del Partido Copei. Es bastante sensible que la política le haya quitado a la ciencia un valor como Pedro del Corral.

Otro acontecimiento, dentro del periodismo, representó para Altagracia la presencia de Blas Loreto, quien casa con Dulce, hija del poeta Hurtado Ascanio y dirige liceos y funda periódicos, entre ellos *Alborada* en unión de Pedro Natalio Arévalo y Tirso Infante. *Alborada* se inicia en 1950 y dura poco. Tuvo el mérito de no haber publicado jamás un aviso oficial ni haber pedido ayuda al Gobierno. Su interés radicó en temas varios. En sus editoriales no olvidó el mejoramiento del pueblo. En verdad que es rara la aparición de un vocero de tal estirpe.

La historia es absorbente: nos ha cautivado. Aquí hemos venido hoy a rendirle homenaje a José Antonio Hurtado Ascanio, poeta, profesor, periodista, hombre de bien. Queremos dejar constancia de que el promotor de este homenaje ha sido Blas Loreto. Hurtado Ascanio heredó de su padre, el guaireño José Antonio Hurtado Mancebo, la pasión por el periodismo, y en efecto, dirigió algunos voceros. La imprenta que el poeta poseía en Altagracia fue el más activo centro difusor de cultura. Allí se editaron periódicos de todo tipo y hojas volantes, tarjetas de entierro, almanaques, álbumes, discursos, folletos, todo lo que informa la vida de una comunidad. Hurtado Mancebo, en unión de Horacio Ruiz, otro prócer de la cultura, fundó decenas de periódicos en el Guárico entre 1882, cuando surge *La Oriflama del Progreso*, primer periódico del Orituco, y 1910. Se conocerá bien la vida de estos hombres cuando el Congreso de la República entregue el libro que estaba editado en su imprenta en marzo de 1984, el valioso trabajo del Dr. Jesús Mata de Gregorio, que registra la historia del periodismo, costumbre, educación y política en la región por cincuenta y ocho años, hasta 1940. Mata de Gregorio pudo escribir tal obra por haber adquirido centenares de periódicos que pertenecieron a Dolge y a Ovalles. El Dr. Reinaldo Leandro Mora, Presidente del Congreso, ignora por qué se retuvo la edición de tan importante obra.

José Antonio Hurtado Ascanio dirigió al Colegio Guárico y a otros planteles. Tanto a él, como al Dr. Arévalo Cedeño, era irrisoria la suma que les pagaban. Todo asunto del municipio le era consultado porque era hombre que sabía aconsejar. Fue también Juez de Distrito, creó escuelas nocturnas para atender a los pobres. Este poeta sirvió al aula desde 1908. Casa con Sofía Rodríguez Carvallo y tuvieron a Rubén Darío y a Domingo, abogados, y a Dulce de Loreto. Del segun-

do matrimonio con Blanca Rodríguez, nacen Engracia y Ruth de Serpa. Rubén Darío, el hijo mayor, fue poeta de aguda nota lírica; Secretario de Clemente Ortega cuando este respetable guariqueño sirvió la Presidencia del Estado Miranda y Consultor Jurídico del Ministerio de Comunicaciones, cargo que renunció al caer el Presidente Gallegos. También fue a la Gobernación del Guárico postulado por un minipartido, el de La Campana, el cual, en forma absurda e injusta, le sacó de dicha Gobernación. Hurtado Ascanio había nacido en Altigracia en 1885, y de la misma Altigracia, pasados 54 años, partió por mano propia. En los últimos tiempos le invadió un desasosiego y una angustia que no llegó a dominar. Tal vez le cercara el ambiente, y como era pobre, se hallaba imposibilitado de trasladarse a otro medio, como Caracas, donde sí habría tenido horizontes.

Se fue en madurez cuando el lagar recibía luz plena y las viñas arropaban triunfales el dulce patio casero.

Un poeta nativo de la tierra de Ipire, Próspero Infante, servía también a la educación en Altigracia. En Santa María le aleccionó en tales disciplinas un hombre extraordinario, el Pbro. Dr. Pedro Celestino Perdomo, humanista y mejor conocedor del mundo antiguo, especialmente el mundo griego. Próspero abandonó abruptamente y para siempre a su pueblo de origen alrededor de 1923 y a poco se instaló en Altigracia. Aquí, en educación, fue un adelantado, pues dijo cosas que hoy no alarman, mas sí en aquella época y en biología. Tanto, que un sabueso vestido de Jefe Civil le denunció ante el Gobierno de corromper la juventud y fue destituido. Por mediación del Dr. Benito Gutiérrez López que tenía magníficos amigos en Caracas, entre ellos a Luis Correa, pudo Infante regresar a las aulas.

La poesía de Infante anduvo entre el costumbrismo y la nota romántica. Incursionó en el romance nativista, en el corrío, y en aquella poesía postmodernista que mantuvo inútilmente cierto calor sentimental en Venezuela, ya lejana la hora del romanticismo. Hondamente caló en su mundo el tono samainesco de Herrera y Reissig en sus berceuses.

Hurtado Ascanio fue en poesía la antítesis de Próspero Infante. Nunca llegaron a entenderse: Infante, ceñido a lo popular, al folklore y alguna vez a cierto preciosismo. José Antonio, a un verso distinto, depurado en "La Viña", fluido y vibrante en "La milicia de Cristo" y en "El penitente". Tal vez la diferencia con Próspero Infante radicase en la irreligiosidad de éste, pues aunque a Próspero le formó un sacerdote, el hijo de Ipire respetaba al Padre Perdomo, no a la iglesia.

Hurtado Ascanio pudo decir con Ibsen: "Vivo ordenando ritmos distinguidos". Jamás salió de su torre de marfil donde estuvo siempre aislado, impenetrable. Ese era su mundo. Una vez le hablamos de *Respuesta a las piedras*, de Barrios Cruz, aparecido en 1931, libro de vanguardia con un poema central que define rumbos y nos respondió que no lo entendía y se retiró.

Con Antonio Machado debió detenerse

*A distinguir me paro las voces de los ecos  
y escucho solamente entre las voces, una.*

Era su voz la única que oía atento a su sensibilidad.

No es profusa la obra de Hurtado Ascanio, es decir, su obra esencial. En su libro, sensiblemente, hay mucho verso de ocasión, que no es poesía, y que él, que fue siempre suma de bondad, estampó en tantos álbumes para que no sufriesen aquellas damas de largos velos y voces lánguidas que le rogaban poemas con los ojos. Algo debe andar por ahí disperso, desconocido, que responda a la música que sube de ese canto de amor que es el soneto "La viña":

*Este patio casero es una viña  
que lleva en sí la primavera toda.  
Con las amputaciones de la poda  
de flores se enjoyó, como una niña.*

*Y haciendo gala de verdor opimo  
prepara el fruto que produce el mosto  
para en el mes canicular de agosto  
darnos la gloria agraria del racimo.*

*Ella, como la Venus mutilada,  
guarda la vida y el futuro en cada  
herida abierta por los podadores.*

*Así es como la vid, el verso mío,  
que mientras más lo hiere tu desvío,  
más se engalana para tí, de flores.*

El patio casero, la viña, como un pretexto. La primavera y el milagro de presentir el mosto, para apurarlo, como un griego; y luego el símil de la mujer, de la mujer griega, bajo la poda, en una resurrección que sólo el poeta conoce. Al final, la ofrenda amorosa cierra el juego de savias y de símbolos.

Como cristiano, Hurtado Ascanio canta el episodio de las Cruzadas. No veamos los hechos con lente materialista al apreciar que por hambre Europa se lanzó con su mística a la conquista del Medio Oriente en solicitud de nuevos mercados. Apreciemos la exaltación que el poeta hace de la Cruzada en función de ampliar el ámbito de la fe. El poeta se siente un legionario más y a través de su verso se ve al penitente y se oye el rumor de las gentes que marchan orillando a Europa, en función de guerra, en busca de los peladeros del Líbano y Judea. Las Cruzadas fueron posibles por el apoyo que le prestaron sus artífices entre los siglos XI y XIII: el Papa Urbano II, Luis IX de Francia, Federico I Barbarroja, Balduino IX de Flandes y Ricardo Corazón de León, iban al rescate del Santo Sepulcro. También exalta el poeta el aliento del cruzado hispano que llena de mártires los llanos de Castilla y los llanos de América.

#### LA MILICIA DE CRISTO

*Por tí, quieren su sangre derramada  
estos caudillos de mi raza sola,  
que da bandido y fraile en Torquemada,  
y al guerrero y al fraile con Loyola.*

*Raza, cuya bandera desplegada  
fue flor de santidad, sangre española,  
con Francisco Javier, Luis de Granada,  
que Roma asperge y el Oriente inmola.*

*Raza que entristeció con sus lamentos  
la extensión de las áridas llanuras  
pobladas de castillos y conventos.*

*Raza infeliz de todas las locuras  
que en los Andes alzó sus monumentos  
y en los mares abrió sus sepulturas.*

Parece ser el siguiente soneto clásico el mejor de Hurtado Ascanio, pues responde a su fe, a su razón interior. Su música sube como un himno o un ruego:

#### EL PENITENTE

*Vestir un sayo tosco y estameño,  
adelgazar el cuerpo como un hilo,  
ceñir la disciplina como un filo  
por merecer la gracia de mi dueño.  
Siempre estar de rodillas ante el leño  
donde murió patético y tranquilo  
para en la paz del conventual asilo  
sublimizar la fiebre de mi ensueño.  
Labio que comprimió mi mano impura,  
seno que acarició mi mano amante,  
quiero olvidaros en la selva oscura  
o irme a morir en un país distante  
poseso de una mística locura  
por el prestigio de la Cruz triunfante.*

Por estos sonetos pasa la sombra errante de Amado Nervo, quien no siempre fue místico.

Por allí se trata de minimizar el soneto. Los que así proceden ¿son capaces de escribirlo? Yo respeto todas las opiniones y más si vienen de la juventud porque ésta debe ser revolucionaria, no negadora. Un soneto bien troquelado, sólo lo escribe un poeta. Debe entenderse que no defiendo al soneto por defender lo establecido: defiendo a la parte de belleza que haya en él. Comprendo que la poesía se viene renovando y ello es saludable, pero que lo haga en nombre de la belleza, no del esperpento. A pesar de los veintiocho siglos que han pasado, que han surgido nuevas formas de pensamiento, nuevas religiones y nuevos derroteros políticos, Homero sigue conduciendo la aurora.

\* \* \*

Que el homenaje que hoy se rinde a Hurtado Ascanio, al poeta, al hombre moral, sea, con el ejemplo de su vida y el de la sociedad gracitana, norma para la gente que viene. El Libertador acuñó una frase que debe estar grabada en cada

conciencia: "El talento sin probidad es un azote". Y por allí vemos a diario, cuántos azotes. Hay que repudiar al que ponga la moral como un trapo, y todo el que delinca, que lleve a cuestras su sombra. La juventud debe saber que el ladrón y el que entrega la droga, tienen el alma podrida. Por allí hay familias alcahuetas que no consumen drogas, pero sí las reparten. Quien la vende es lo mismo que el que vende armamento a los pueblos para que se exterminen. La droga ha enriquecido y sigue enriqueciendo a banqueros de muchos apellidos, de aquí y de allá. Duele que el Congreso de la República haya dictado una Ley anti-drogas que parece haber sido hecha para novicias.

Y que quede muy en alto el gesto de la Asamblea Legislativa del Estado Guárico y del pueblo de Altagracia de Orituco, al rendir homenaje a la memoria de José Antonio Hurtado Ascanio. Sólo son acreedores a la posteridad aquellos pueblos y aquellas instituciones que recuerdan a sus poetas. Ellos son los verdaderos guardianes de sus glorias, pues mantienen, por encima de indiferencias y de olvidos, como una crisálida, el por qué del sueño, la meta del día, el aguijón del optimismo y la razón de la esperanza.